

propiamente jurídico, pero constituye un documento de primera magnitud para comprender la trascendental transformación del sistema de fuentes del Derecho que se opera con la irrupción de la figura imperial en la escena política romana. Por último –y en consonancia con esto–, se dedica un apartado a las *constitutiones* o disposiciones normativas imperiales, principalmente de la época del Dominado, en que se marca un corte definitivo con el tipo de literatura jurisprudencial tradicional de Roma.

En resumen, puede concluirse que en este libro está contenido todo lo fundamental que un estudioso moderno del Mundo Antiguo puede requerir para interpretar la *forma mentis* de los juristas y legisladores romanos de las diversas épocas, y constituye, a su vez, un excelente complemento para una plena comprensión del bagaje de ideas sobre el mundo civil que subyace a los textos de los historiadores y oradores latinos. A ello contribuyen, en no menor medida, las excelentes introducciones y notas aclaratorias que acompañan a cada uno de los textos seleccionados, junto con una sucinta bibliografía que invita al lector a ulteriores indagaciones. Si un mérito principal de toda antología es saber adaptarse a las necesidades de los que han de ser sus destinatarios, podemos afirmar sin ambages que este libro cumple sobradamente con las expectativas que un lector curioso de la historia y la literatura antiguas pueda albergar en relación con el mundo jurídico romano, con el añadido, por otra parte, de ser un excelente instrumento de trabajo para los estudiosos romanistas, en una época en que el Derecho romano viene a configurarse cada vez más como una disciplina estrictamente anticuaria y alejada de los verdaderos desarrollos modernos del Derecho privado.

FRANCISCO J. ANDRÉS SANTOS

RUBÉN FLORIO, *Waltharius*. Edición revisada, introducción, comentario y traducción castellana, Nueva Roma 17, C.S.I.C. y Universitat Autònoma de Barcelona, Madrid y Bellaterra, 2002, 195 pp., ISBN 84-490-2298-3

Entre los grandes poemas heroicos de la antigüedad clásica latina, *Eneida*, *Farsalia*, *Tebaida*, *Psychomachia*, y las epopeyas renacentistas, estén éstas escritas en latín, *Vaccaeis*, *Columbeidos libri priores duo*, *De nauigatione Christophori Columbi libri IV*, o lo estén en romance, *Araucana*, *Orlando furioso*, *La Gerusalemme liberata*, *Os Lusíadas*, *Nibelungenlied*, nos encontramos en la Edad Media con *Waltharius*, uno de los poemas épicos más notables de la literatura latina medieval europea. En la edición de esta obra que nos presenta Rubén Florio podemos y debemos distinguir dos partes muy diferenciadas. Una es el texto latino, el aparato de fuentes con el que lo enriquece y su traducción; la otra, el estudio introductorio. Pero, antes de detenernos en ambas, queremos hacer alusión, y ello porque llama poderosamente la atención, a lo común a las dos partes: las muy abundantes, doctas e interesantes notas, que en la edición del poema aparecen, no como tales, sino como comentarios a los versos.

Dan muestran, en primer lugar, de un profundo conocimiento de toda la antigüedad clásica y medieval y de todos los resortes y aspectos que podemos encontrar en un poema épico. Encontramos en ellas observaciones históricas, geográficas, étnicas, sintácticas, literarias, métricas, religiosas, etc. No pretendemos multiplicar ejemplos,

pero no podemos resistirnos a reseñar, por ejemplo, la nota 69 de la p. 49, donde nos informa de las pocas ocasiones en que los autores cristianos, sin precedente alguno en los latinos clásicos, aluden a la “identificación de la voz del poeta con el canto de la cigarra”, o los comentarios a los versos 1425 y 1425-42, p. 191, donde se enfrenta a la aparición en el poema de la ironía, inhabitual pero no desconocida en la épica clásica, con cierto sentido erótico “en algunas de las bromas que se cruzan ambos contendientes”, sin excluir, verso 1432, el significado esotérico, pagano y cristiano, que conlleva la pérdida de los miembros derechos de los héroes. Demuestran también un perfecto dominio de todo lo que se ha escrito sobre el *Waltharius*. Es verdad que en la Bibliografía aparecen, además de las ediciones, traducciones y comentarios que la obra ha tenido a lo largo de los tiempos, 114 estudios aparecidos desde 1919 hasta el 2000, cuando Bertini dedicaba sus esfuerzos a los problemas de datación y autoría de la obra o cuando Townsend nos hablaba de la intertextualidad irónica y de la resistencia del lector a aceptar la masculinidad heroica en los héroes del poema. Pero es que en las notas y comentarios todas esas ediciones, traducciones y estudios, citados continuamente, cobran vida al interpretar y comentar lo que cada autor piensa en cada punto concreto.

Y ahora, ya sí, veamos los temas principales que nuestro autor toca en su Introducción. El primero, su contenido. Tomando como base una triple tradición (la germánica, la romana y la cristiana), el *Waltharius* nos cuenta en 1456 hexámetros latinos la historia de Walter de Aquitania, que educado, junto con otros príncipes galos, por Atila, huye, junto con su prometida la burgundia Hildegunda, con el tesoro del rey huno. Acosado por los ejércitos francos de Guntario y Haganón, que desean el botín, se refugia en una cueva, por donde solamente de uno en uno pueden pasar sus contrincantes. Walter vence a todos hasta que quedan, más bien “des-hechos” y mutilados, los tres contendientes. Reconponen sus relaciones y Waltario marcha con Hildegunda a su reino, donde gobernarán muchos años.

La leyenda del *Waltharius* tiene su antecedente en un poema anglosajón del siglo VIII, *Waldere*, del que sólo se conservan algunos fragmentos, y, por otro lado, continúa aún viva en obras posteriores al siglo XII, lo que induce a creer que el héroe existió realmente; pero algunos rasgos que lo caracterizan (su actuación como rey con actividades mágicas y jurídico-religiosas, su naturaleza invencible y los “títulos” que le otorgan sus compañeros: *fantasma*, *faunus*) lo introducen más bien dentro del campo mítico-heroico. Sea de ello lo que fuere, a Florio le interesa mucho más en su estudio introductorio el significado profundo y la estructura del poema, el problema de la autoría y la época de su composición, y, por último, investigar sus fuentes y paralelos. No se olvida, sin embargo, ni de perfilarnos el carácter psicológico y no sólo del personaje principal, Walter, sino de los otros dos centrales, Guntario y Haganón como ya hemos indicado, e incluso el de Hildegunda, ni de marcarnos, por un lado, la sujeción a los códigos del género, y, por otro, las modificaciones que el autor introduce en el mismo.

Tras marcar las diferencias del *Waltharius* con otros poemas épicos de la época, de tipo histórico y panegírico, que relatan sucesos cercanos al tiempo que vivieron, en dos ocasiones, sin que nos quede en ambas muy clara, parece nuestro autor esbozar la estructura material del poema, hasta indicarnos una estructura formal muy diáfana, que es la misma que se encuentra tanto en la épica clásica grecolatina como en la

anglosajona antigua (“alejamiento del mundo cotidiano, el ingreso en otro desconocido, donde se operan transformaciones ontológicas del héroe, el regreso al lugar de partida”, p. 35), y que gira “sobre un motivo recurrente: el viaje” de ida y vuelta, es decir, el abandono de la patria y contacto en tierras lejanas con costumbres extrañas, superación de dificultades y transformación física y espiritual, vuelta, por fin, triunfante para conducir los destinos de su pueblo.

Tres teorías disputan la autoría del poema y, en consecuencia, el de su época de composición: el *Waltharius* se debe a Ekkehard I, monje del monasterio suizo de Sankt Gallen; su autor es, como se deduce del prólogo que se encuentra en una rama de la tradición manuscrita, un tal Geraldo, que se lo dedica al obispo Ercambaldo; no es una obra nacida en algún monasterio, sino más bien en la época y en la corte de Carlomagno. Si fuera su autor Ekkehard I (ca. 900-973), encuadraríamos la obra en siglo X; si lo fuera Geraldo (“o el *magister scholarum* de Sankt Gallen de ca. 850, o el de ca. 950, discípulo de Notker Balbulus”, p. 51), lo haríamos sobre estas fechas; si fuera anónimo y desvinculado del monasterio, lo fecharíamos al principio del siglo IX. Rubén Florio, que confiesa que el problema es insoluble, estudia con abundancia de datos y razones los pros y los contras de cada teoría.

Hemos indicado ya que el poema se nutre de una triple tradición: clásica, germánica y cristiana. Ve nuestro autor, en su apartado de fuentes y paralelos, en la *Germania* de Tácito un posibilidad de aunar las dos primeras, pero muestra, asimismo, lo fácil que resulta encontrar “cauces disímiles del aliento pagano y la idiosincrasia cristiana”. De ahí que el autor medieval tome una triple postura con respeto a las corrientes paganas y cristiana: rechace las características divergentes, conserve las comunes e intente cristianizar las restantes. Tal “operación no siempre fue exitosa y las tensiones que a veces afloran de las conductas de los personajes dan buena prueba de ello” (p. 54). Busca nuestro autor, además, qué obras en concreto, dentro de esta triple tradición, dejaron su huella en el *Waltharius* y señala a continuación su pervivencia en obras posteriores.

Presta Florio en su introducción una corta pero especial atención al “final y coda” del poema, del que parece deducir una lección moral sobre la avaricia, fijándose además en el último verso, el 1456, *Haec est Waltharii poesis. Vos salvet Iesus*, de cuya primera parte atisba un precedente lejano en las *Geórgicas* (4559-66), mientras la segunda, sin precedente alguno en la épica antigua, muestra “una expresión de deseos del autor...desde la atalaya de su fe” (p. 46). No hace lo mismo, sin embargo, con el prólogo, los 22 primeros versos, que, como ya hemos indicado, aparecen tan solo en parte de la tradición manuscrita, sin tener en cuenta, por lo tanto, el carácter simbólico de dicho número, como nos dice Curtius.

La edición del texto latino que nos presenta Rubén Florio no es una edición crítica: es el texto establecido ya por K. Strecker, *Editio maior* en los *Monumenta Germaniae Historica*, de quien también toma, resumiéndolas, las grandes líneas de la tradición manuscrita del *Waltharius*. El texto latino, no obstante, aparece con un impresionante aparato de fuentes, donde podemos encontrar todas las referencias clásicas, medievales, incluso del propio texto, *calçadas* en cada verso. Y ello con una peculiaridad en la forma de presentarlas. No lo hace al verso, sino como a modo de notas, dejando, sin embargo, para los versos los comentarios que hace al texto traducido. Preciosa y precisa

su traducción, en un castellano, digamos mejor en este caso por ser el autor argentino, en un español puro, claro y diáfano.

Sea, que lo será, bienvenida esta reciente edición de una obra latina medieval, que pone al alcance de todos un bello texto épico. Y mis felicitaciones tanto al autor como a la colección *Nueva Roma* del C.S.I.C y Universitat Autònoma de Barcelona.

LUIS CHARLO BREA

JORDI PÉREZ I DURÀ (coord.), *Antología de textos latinos para Bachillerato*, Valencia, Universitat de València, 2002, 175 pp., ISBN 84-370-5511-3

Los profesores de latín de enseñanza secundaria Plàcid Fito i Calabuig, Rubén Herrero Rebollar, F. Javier Lorenzo Conejo, Juan F. Mesa Sanz y Ramón Sánchez Díaz, coordinados por Francisco Jorge Pérez Durà, catedrático de Filología Latina de la Universidad de Valencia, son los artífices de esta nueva antología de textos latinos que el profesor Pérez Durà concibió cuando, hace un lustro, recibió el encargo de confeccionar las pruebas de selectividad del País Valenciano. Así pues, ya de entrada, avalan esta *Antología* no sólo una dilatada experiencia en la enseñanza secundaria y en las pruebas de selectividad de sus autores, sino además el meticuloso trabajo y el gran esfuerzo que han empleado en la elaboración de la misma (también hay edición en catalán: *Antologia de textos llatins per a Batxillerat*, Valencia, Universitat de València, 2002).

Tras la “Presentación” del profesor Pérez Durà, el grueso del libro se reparte en dos bloques nítidamente diferenciados. El primero (pp. 18-88) se abre con una escueta “Introducción” y unas atinadas “Consideraciones acerca de los textos propuestos” (que firma el profesor Ramón Sánchez); le siguen sesenta (breves) textos latinos (pp. 18-43) que –según se nos dice– “por su contenido, pueden suscitar el interés de los estudiantes, sin olvidar los niveles de dificultad, que han de estar siempre al alcance de la mayoría”. Puesto que toda antología se basa en una selección personal, siempre ardua, que obliga necesariamente a una elección y una exclusión, no podemos reprochar a los autores el que hayan concedido la primacía a las obras clásicas en prosa (huelga explicar los motivos por los que se ha prescindido del verso), atendiendo al valor intrínseco de los mismos y pinzando los pasajes más próximos a la vida cotidiana y más asequibles para el alumno. Un repaso a los *auctores* escogidos revela que pertenece a Cicerón algo más de un tercio de los textos (*Pro Archia, In L. Catilinae orationes, Tusculanae, De senectute, De diuinatione, De natura deorum, Paradoxa stoicorum, De finibus, De inuentione, De oratore, Epistulae*), le sigue Cornelio Nepote (*Hannibal, Epaminondas, Cato, Phocion*) y Séneca (*De ira, De beneficiis, Epistulae ad Lucilium*); figuran, asimismo, Salustio, Tito Livio, Quinto Curcio, Veleyo Patérculo, Valerio Máximo, Quintiliano, ambos Plinios, Aulo Gelio, Justino, Eutropio, Macrobio y Julio Capitolino (nótese la ausencia del tan manido César).

Por consiguiente, están representados los principales géneros en prosa: historiografía, oratoria, filosofía, epistolografía, diálogo, ensayo, misceláneas. Y los autores, con las miras puestas no sólo en el *docere*, sino también en el *delectare*, han